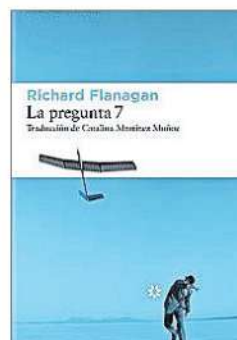


El mundo acabará en viernes

Manuel Moyano
Menoscuarto
223 Páginas. 17,90 €



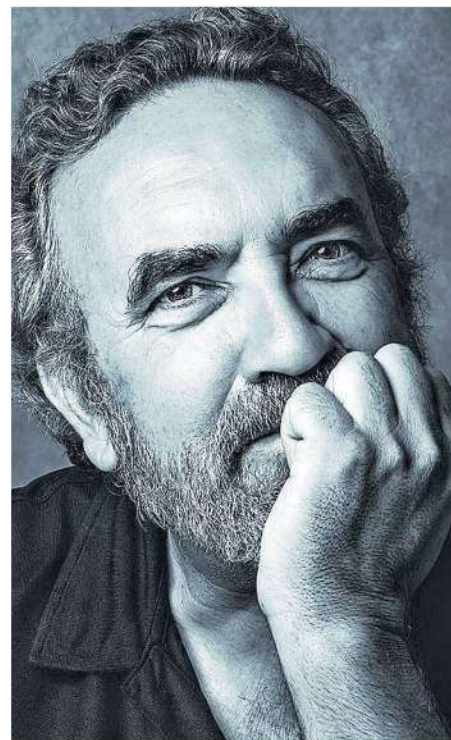
La pregunta 7

Richard Flanagan
Editorial: Libros del asteroide
Traducción: Catalina Martínez Muñoz
296 páginas, 19,90 €

Manuel Moyano: Apocalipsis 'Now'

El escritor todoterreno regresa al género del humor con un divertido esperpento total de proporciones bíblicas

ALFONSO VÁZQUEZ



Escritores hay que exploran muchos géneros. Cuestión aparte es que esa exploración sea satisfactoria para el lector. Sin duda, es el caso del cordobés enraizado en Murcia Manuel Moyano (1963), autor de sólidos libros de relatos; pero también de microrrelatos, de novelas y de libros de viajes en los que, además, deja entrever su vena tanto de antropólogo como de paisajista, en el sentido pictórico del término, pues a la hora de viajar pinta excelentemente con las palabras.

Por si fuera poco, ha dejado para la historia uno de los mejores libros de humor escritos en español, 'El imperio de Yegorov' (2014), con el que quedó finalista del Premio Herralde de Novela. La obra imperial es una exhibición de audacia y creatividad y ya es un clásico.

Manuel Moyano vuelve ahora por las sendas del humor con 'El mundo acabará en viernes', una novela que acaba de publicar la editorial palentina Menoscuarto, donde ha visto la luz una importante parte de su producción.

Como punto de partida, el escritor hace oídos sordos al gran experto del Apocalipsis, el teólogo andaluz José María González Ruíz, quien en su estudio de la obra atribuida a San Juan, deja claro que no tiene nada que ver con la saga de 'Viernes 13'.

Hace muy bien Manuel Moyano en apartarse de la teología contemporánea para, en su lugar, desplegar en 'El mundo acabará en viernes', una divertida y esperpéntica sucesión de hechos prodigiosos, un 'Apocalypse Now' que va, página a página, 'in crescendo', al tiempo que venciendo la incredulidad del lector, que termina haciendo suyo el 'universo teleológico' que se ha montado el autor.

Pero, ¿se puede hacer humor de algo tan serio como que el mundo acabará en viernes –y no será dentro de mil generaciones–?

Por descontando. De hecho, Manuel Moyano, con una pluma ágil, con descripciones y diálogos a los que parece no faltarles ni sobrarles nada, se ríe del fin de los tiempos con ingenio y veracidad. Ya nos avisa de sus intenciones al arrancar la novela con una potente y divertidísima intriga: un psiquiatra norteamericano deberá dilucidar si un paciente, localizado mientras andaba desnudo por Idaho, que habla como Hemingway, escribe como Hemingway y es clavado a Hemingway, es el mismo Ernest Hemingway redivivo o bien un candidato al frenopático.

Uno de los cuentos más atractivos de las 'Crónicas marcianas' de Ray Bradbury ya

plantea este dilema a los humanos asentados en Marte, cuando se topan con sus seres queridos fallecidos. ¿Cómo sigue la novela de Moyano? Pues con una sorpresa tras otra y personajes a la altura de don Ernesto, mientras va hilando una trama ciertamente sorprendente, que hace suyos todos los temores milenaristas, sin olvidar, como materia prima, el último libro del Nuevo Testamento.

Al igual que en 'El imperio de Yegorov', Moyano echa a volar su imaginación, que sobrevuela los meandros de guion más dispares para ofrecernos un esperpento mundial de claras resonancias bíblicas.

De paso, por esa mirada afín a la antropología, no se olvida de enfrentar a los hombres y mujeres ante el minuto final, para retratar sus miedos, sus esperanzas y sus bajas pasiones.

Lo que trasladado al cine habría sido una superproducción de Hollywood capaz de llevar –de nuevo– a la ruina a Francis Ford Coppola, Manuel Moyano lo ventila transmutado en un espectáculo literario ajustado al presupuesto, pero no por ello falto de escenas de acción, suspense, amor y codicia, iluminadas por los grandes focos de una gran retransmisión televisiva.

En suma, puro show, que va ascendiendo en intensidad hasta el remate final, una masclatá inesperada y bestial, de la que no daremos más pistas.

Puede decirse que el escritor andaluz y murciano ha levantado, él solito, un universo con fecha de caducidad, para retratar los últimos instantes de su invento con total libertad creativa, guiños a la actualidad y mucho despijor. El mérito y el resultado son igual de notables. ■